

a 11 de enero de 1956.

Señora Profesora  
María Teresa Lemus.  
Antzihuácuaro, Mich.

Maestra:

Eso de los "años nuevos" es algo puramente convencional, pero por serlo, las fechas se convierten en datos culturales - que, creados por el hombre, influyen en su mente imponiéndosele con una fuerza tal que parece que no fueron creados por él. Usted sabe que los nuevos o viejos somos nosotros, pero de todos modos llamar-nuevo al tiempo es una forma de la esperanza, muchas veces engendradora de propósitos. Yo tengo ahora el de dejarme llevar por la costumbre, y desearle un magnífico 1956.

Mis relaciones con usted, maestra de las "matinales an-sias y los matinales vuelos", según las hermosas <sup>palabras</sup> de mi ido amigo el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, siempre han latido en mi san-gre como un deseo, porque siempre he sentido no el peso, sino el pla-cer de mi deuda espiritual con usted que como hábil maestra pasto-reó mis posibilidades intelectuales cuando tenían 12 años de vida.- Es cierto que no fui el escolapio que debí haber sido. Circunstan-cias hogareñas influyen incomprensivamente en mi conducta, según lo denuncié en algún ensayito novelístico autobiográfico, pero eso usted no podía saberlo, ya que sólo se mostraba a sus ojos un niño -- hurano, misántropo, egoísta, malcriado, inarmónico, introvertido, raro y antipático, para ahorrar adjetivos. ¡Si usted hubiera sabido -- por qué era así, guardando con apariencias molesta para los demás, -- pero sobre todo para mí mismo, todo el impetuoso caudal de afectividad que poseía! Wique sí lo presintió con intuición materna y por eso me distinguió y me atrevería a afirmar que me quiso un poco. Ella supo que lo verdadero en mí era el orgullo y que por él ocultaba mis orfandades espirituales hogareñas con las apariencias repul-sivas que fueron barrera para la simpatía de usted. Y quiero ejemplificarlo: si usted sugería la compra de un libro o de una hoja de papel, mi casa no respondía para solucionar mi problema, y con una cruda burla a las disposiciones suyas que yo alegaba, envolviendo -- tal vez en ironía la colérica impotencia económica o la irresponsabilidad, se me colocaba en exhibición bochornosa ante mi maestra y mis compañeros, porque a mi orgullo se hizo siempre imposible confesar miseria. Entonces mi decisión era mostrarme ante los condiscípulos y ante la maestra que acentuaba mi pena por ser mujer y bonita, sustituyendo las razones verdaderas para no aportar los útiles pedidos, con una arisca discolería. ¡Habré logrado explicarle mi tremendo complejo de infancia? Como usted sabe, yo no hice más estudios primarios, sistematizados, que los que hice con usted durante 1922, y ese año para mí fue un año de angustia, porque tuve que actuar -- quebrantando mi ser auténtico para no dar a saber mi conflicto que polarizaban mi escuela y mi hogar. Ya sabe ahora, por qué fui un mal escolapio para usted, que no vió sino una sombra de mí mismo.



También sabe ahora por qué Wique y yo nos acercamos más que lo que de proximidad tuvimos usted y yo. Pero yo siempre supe de su antipatía para mí, aunque también comprendí que no era deseada, sino que mi conducta se la imponía. De todos modos en mi arte estaba seguir la corriente y guardar el secreto, y esas represiones que se vuelven hábito, pero que crean complejo, difícilmente se rompen. Ya en días posteriores, cuando mi personalidad era fuerte y podía girar sobre ella, se interpuso el hábito, recuerde que usted me negó un retrato suyo que en cambio dedicó a varios de mis compañeros, y más tarde el ambiente político de nuestra región impidió contactos y relaciones con usted que siempre fueron de mi agrado. Por su parte, o vió en mí las aparariencias que dejó descritas, o en superposición psicológica de personalidades vió en mí la de mis familiares que, intuitivamente juzgaba hostiles, y esto último, lo de la hostilidad, por alguna razón era cierto.

Sé que Wique ha muerto. Lo que más lamento es no haberle hecho sentir que el niño hurao no lo era en verdad, y que ella tenía razón para quererme y ampararme--esto de ampararme no es una frase, sino una dolorosa verdad,--solucionando mis problemas infantiles, verdaderamente críticos, cuyo trato inadecuado pudo destruírme para siempre. Vea usted si debía o no a Wique la devoción que siempre le tuve. ¿Qué gratitud es necesaria para la mujer que nos adivina desgarrados perforando con la penetración de su bondad nuestra realidad superficial que simula la arrogancia, como imitación de los agresivos con el sólo propósito de buscarnos protección para poder sobre vivir.

Sus experiencias magisteriales la han madurado para comprender esta carta inesperada en su fecha y en su contenido. Me hace bien,--porque representa catarsis, o sea lo que los griegos concebían como descarga espiritual, como --literalmente traducido--purga que limpia al hombre de lo malo que lleva dentro; afloración del complejo que dicen los psicólogos modernos. Pero además es justa esta carta, porque deja a cada quien en su sitio, demostrando que obré bajo presión cuando fui un niño poco grato y de ninguna manera por que no entendiera o no valorara su trabajo docente. Alguna vez me pregunté con ingenuidad que me conmueve aún: ¿Para qué estudio yo en Morelia, si no he de poder ser de nuevo alumno de mi escuela? Además, esta carta pretende ser un homenaje a Wique, aunque tardío, en cierto modo, y lo digo así, porque nadie que se haya dado a los demás como ella se dió a mí, puede morir mientras viva el destinatario del dón, en este caso mientras viva yo y lo que haya logrado crear, como enseñaba Platón, en el orden de los cuerpos y en el orden del espíritu.

Perdóneme lo largo de estas líneas, pero son una confesión. De aquí en adelante procuraré estar cerca de usted. Y si mi amigo don Silvestre Guerrero llega al Gobierno del Estado, la cercanía podrá ser físicamente. Buena suerte para usted y los suyos le desea con un fuerte abrazo

Manuel López Pérez.